

COLECCIÓN MANDRÁGORA



LUCINA
nunca
duerme

ARCELIA LARA



Naveluz:

Benjamín Barajas, *director de la colección*

Édgar Mena

Dirección de arte & edición

© Arcelia Lara Cobarruvias, 2015, por los textos

© María Elena Ramírez Ortega por la ilustración de portada
frontispicio y colofón.

© Carlos M. Márquez, 2015, por las ilustraciones de interiores.

Primera edición, 2015

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México, por lo que no pueden reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro que no se haya descubierto aún, sin el previo permiso del autor o del editor.

Naveluz

Secretaría General, Departamento de comunicación, Proyectos editoriales & Departamento de impresiones del Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan.

Calzada de los Remedios 10, Col. Los Remedios, Naucalpan, Estado de México, CP. 53400.

Impreso en México

Printed in Mexico

LUCINA
*nunca
duerme*

ARCELIA LARA





El arte
de
forros,
frontis-
picio y
colofón
pertene-
ce a
María
Elena
Ramírez
Ortega.



Trenes

Habían pasado fácilmente un par de horas después de la media noche. Alberto trabajaba en sus papeles. Le faltaba

muy poco para concluir el capítulo que estaba preparando. Sucedió que en medio de aquel silencio se interpuso otro, abrumador, creciente, incluso podría decirse que estruendoso. Porque el silencio tiene etapas, niveles. Abandonó los manuscritos y se puso a dar vueltas en su departamento. Miró por la ventana: no había ni un alma en la calle: era común en esa colonia; aun de día era extraño ver transeúntes. Era uno de esos raros lugares que todavía quedan en ese monstruo urbano. El siglo pasado, esa colonia había sido un injerto pueblerino en una ciudad; ahora,

era un lugar afantasmado por la soledad y el olvido. Para Alberto, ése era el principal atractivo del departamento que no tenía más de dos meses que rentaba. Además, la ubicación era perfecta, justo el punto equidistante entre el Archivo Iberoamericano y la Biblioteca de la Ciudad

El departamento en el que vivía antes se encontraba en una de las colonias más transitadas y, aunque había mandado tapizar de corcho las paredes, la astucia no había resultado suficientemente eficaz como para amortiguar el ruido callejero. Por ese motivo decidió cambiarse. Estaba escribiendo un texto sobre una interpretación hermética de un códice prehispánico, investigación ardua e insólita; pues para poder armar una versión coherente de las notas dispersas, se hacían necesarias largas horas de lectura aplicada sin interrupciones de ningún tipo. Ahora, en su nuevo domicilio, con la tranquilidad absoluta de un departamento sin vecinos y de una colonia desierta, podía dedicarse ampliamente a armar la versión académica para la que lo había becado el Instituto de Historiografía.

Alberto volvió a su escritorio para recuperar el hilo de las noticias que estaba redactando. Pero tras intermitentes garabateos en los que no lograba dejar ver con claridad la importancia de lo que estaba escribiendo, supo que era imposible. A veces, como en esa madrugada, el espacio silente se rasga e irrumpe un silencio de carácter diferente; entonces, es inútil sacar una línea que valga la pena ser leída. Pero esto era diferente, pareciera que una presencia muda inundara su cerebro, alertándolo hacia lo que no tiene nombre. Algo tenía que generar ese vacío

tan poblado de ausencias, pensó. Este silencio era tan demandante como el llanto de un niño.

Le dieron ganas de caminar. Decidió que, aunque no retomara su trabajo, le haría bien aclararse un poco recorriendo un par de calles antes de dormirse. Ya en las escaleras sintió que el ambiente se hacía más denso; como si una gran nube de polvo cubriera el pasillo. Una presión en el pecho le indicó de dónde provenía ese silencio obtuso que lo llamaba. Comenzó a bajar las escaleras una por una, pero conforme avanzaba, la sensación iba en aumento; algo lo empujaba a darse prisa, a atender al llamado. Cuando llegó al departamento de la planta baja, creyó ver que algo se movía en la ventana. Se acercó a ella, pegó su rostro al frío cristal, mas no logró distinguir nada; todo era penumbra. Sin duda alguna ahí se encontraba el centro de ese apremio silencioso. Se dio cuenta de que estaba sudando. Un nuevo vuelco en el orden de las cosas: sonó lejano el silbato de un tren y tras el sonido regresó el silencio simple. Respiró profundamente y trató de sobreponerse. Todo aquello era ridículo, pensó Alberto; no estaba pasando nada; sólo era la noche, la soledad y el cansancio de muchas horas de concentración intelectual.

Subió a su departamento y se metió en la cama. Encendió la radio en una estación de música clásica; en realidad no le gustaba la música, de ningún género, pero la radio tenía la virtud de crear la apariencia de la compañía. Era absurdo: él que estaba acostumbrado y prefería vivir solo, su soledad, esta noche, le parecía insoportable. Pronto

cayó en un sueño pesado que lo mantuvo inmóvil hasta la mañana siguiente. Despertó con el cuerpo desazonado y con el vago recuerdo de un sueño con estertores y el pitido de una locomotora que pasaba muy cerca. Alberto estaba desconcertado; hasta donde sabía, hacía años que los trenes no daban servicio. Se trataría de uno de carga, pensó. Pero que eligiera una ruta que cruzaba la ciudad era algo que no acababa de encajar. Antes de prepararse para su visita al archivo, bajó la escalera alternativa para buscar en los cuartos del traspatio a Antonio, el portero; quería preguntarle por el tren. Lo encontró recién levantado, todavía estaba adormilado cuando le respondió, lacónico, que no sabía nada de trenes, que él no había oído nada durante la noche.

A Alberto no le había gustado la sonrisa torcida de Antonio. Aunque sucedía a cada rato que las personas prácticas veían en él una mezcla de inocencia y aturdimiento, no acababa de acostumbrarse a que lo trataran como un abismado. Comenzaba a subir las escaleras principales cuando sintió la presión en el pecho, instintivamente volvió la cara al departamento de la planta baja. No recordaba que durante el día el pasillo fuera tan oscuro. La ventana estaba abierta. Se regresó con sigilo y poco faltó para que gritara del sobresalto que le causó ver a una niña posada en el marco. Alberto estaba atónito por esa presencia inesperada. Se suponía que en esos departamentos no se admitían niños ni mascotas. Además le habían dicho que en ese edificio él era el único inquilino. Era una niña pequeña, no tendría más de cuatro

años, su mirada estaba perdida y permanecía totalmente inmóvil, daba la impresión de que no se percataba de que Alberto estaba allí. Sin embargo, comenzó a hablar. Su voz era demasiado ronca y articulaba con trabajo: “Soy Lina. No puedo oír, el tren me volvió sorda.” La escena era como una visión; se sintió con el ánimo sobrecogido. Haciendo caso omiso de lo que había dicho la niña, soltó una retahíla de preguntas: “¿Tú también lo has escuchado?, ¿dónde están tus padres?, ¿tú fuiste quien me llamó anoche?, ¿verdad que por aquí pasa un tren?” Lina hizo un gesto con la mano para que callara y continuó con su voz sin tono y con su articulación cortada: “Soy sorda, no sé lo que dices. Ellos dicen que estoy loca. Me quieren encerrar. Vete. No quieren que sepas que estoy aquí.” Alberto clavó sus ojos en la chiquilla, quiso agregar algo, pero no tuvo valor. Lina cerró la ventana y corrió la cortina.

Alberto regresó al departamento, sólo para prepararse a salir nuevamente. Ya en el archivo, mientras revisaba el pliego que tenía enfrente, se le cruzaron en la cabeza las imágenes de lo que le había sucedido desde la noche anterior: el silencio, el silbato del tren, el estruendo del departamento mientras dormía, la voz de Antonio que parecía hablarle desde otro lugar y su nueva vecinita sorda. Se dijo que aquello no podía tener importancia, no tenía tiempo para ocuparse de impresiones difusas de una noche difícil. Trabajó de manera continua copiando largos fragmentos del manuscrito y no paró sino hasta las seis de la tarde, hora en que se cerraba el archivo.

Abandonarse en la inercia de los trabajos monótonos es una forma, aunque enajenada, de descanso.

Mientras caminaba por la calle de su domicilio se dio cuenta de que se le había hecho tarde. Era una noche cerrada. No había ninguna estrella y la luna estaba escondida entre tantas nubes espesas. Se sentía, no obstante el paisaje tan cargado de sugerencias melancólicas, ligero. Cuando cruzó el patio delantero apenas recordaba nada de lo sucedido entre la noche anterior y la mañana de ese día. Se encaminó a las escaleras y, antes de avanzar el primer peldaño, percibió en el dorso la vibración que hacía eje en el departamento. Es curioso cómo las impresiones más atroces se anclan antes en el cuerpo que en la razón; a ésta se le puede engañar, pero las respuestas corporales son exactas y llenas de una profundidad comunicativa con las cosas que nos rodean. La pavora que sintió Alberto inició como un calambre que hizo el habitual camino del cuello a los talones, haciendo olas a su paso. Presintió en las tinieblas el rostro de Lina, luego pudo reconstruirla en su mente ayudado por los pocos rasgos que la oquedad le permitía ver. Quiso dirigirle un saludo, pero la abstracción que mostraba el gesto de la chiquilla se interpuso y no pudo más que retirarse volteando el rostro a cada peldaño que subía. Es una niña extraña —pensó— por su mirada y la rigidez de su cara parece una mujer muy mayor.

Al llegar al departamento Alberto se tumbó en el sofá, sin encender la luz. No quería pensar en nada. Hubiera deseado tener una grabación del mar, un arrullo

como aquél era un buen resguardo contra la insania de las ideas. Pronto el sopor previo al sueño empezó a deslizarse por sus pies. Estaba casi dormido del todo, cuando el estertor, seguido del silbato del tren lo despertó. El departamento se cimbró con una sacudida notable que se fue desvaneciendo hasta quedar en un mecerse suave pero prolongado. Se hizo el silencio, no el manso, sino aquel silencio violento que lo invade todo con su pesantez de muerte. Alberto se incorporó de golpe y se precipitó escaleras abajo. Frente a la ventana estaba Lina, pero el gesto que tenía ahora era de verdadero pavor; los ojos anormalmente abiertos y la boca formando el rictus de un grito hondo, pero sin sonido. Caminó unos pasos hasta llegar a la puerta, la golpeó con la palma de la mano extendida, pero nadie salió; tampoco pareció inmutar a Lina la urgencia del llamado. Repitió el golpe; el sonido parecía opacarse como un grano de arena que se perdiera en un pozo. Fue a la ventana y trató de hacerla abrir empujándola con cierto efecto, pero no cedía, el rostro de la niña hacía presión. Trató de hacerse entender con movimientos de las manos, pero Lina no lo veía, seguía entregada a su propio horror. Alberto iba de la ventana a la puerta, con una determinación cada vez más desesperada. Un paso en falso lo hizo perder el equilibrio, resbalar e impactarse en el geométrico y compacto peldaño del escalón de descanso. Se golpeó a un lado de la sien izquierda; el filo dejó su huella y la sangre le bañó el rostro, pero Alberto ya no pudo enterarse, había perdido el conocimiento.

Despertó en su cama, con los zapatos y la ropa todavía puestos; no se acordaba de lo que había pasado. Una fuerte náusea lo dobló y volvió a acostarse. Reconstruyó los hechos desde la duermela del sofá. Las representaciones del somnoliento de la noche anterior era inconexas; pero pudo ordenarlas, salvo la última escena consciente, que adivinó por la humedad de la camisa y sangre en el cuello y en la cara. Pero ¿cómo había llegado ahí?, ¿alguien lo había subido?, ¿había sufrido una especie de lapsus, pero no se había desmayado? Con cuidado se incorporó, se cambió de ropa, limpió la herida (grande pero no profunda) y la cubrió con una gruesa capa de gasa. Tenía el frío calado hasta la médula. Era como si desde su centro se generaran heladas emanaciones que irradiaban a todo su cuerpo. Se echó una manta de lana en los hombros y, así, bajó a buscar al portero. En igual situación que la mañana anterior lo recibió Antonio. Lo más tranquilo que pudo Alberto narró ordenadamente los hechos. Antonio, que había escuchado con mirada inquieta, se limitó a decir: “¿Está seguro de que vio a la niña antes de que se golpeará? Aquí no hay niños. Bueno tampoco adultos, ya sabe que usted es el único inquilino. ¿Se siente bien, señor? Vaya con un médico a que le revise la herida. A lo mejor lo de la niña y lo del tren son alucinaciones después del golpe”. Alberto insistió en su versión, le recordó que la mañana anterior le había mencionado el tren, pero Antonio no tenía paciencia, creía estar tratando con un lunático y concluyó con una frase de despedida: “Nada, nada, señor, váyase al hospital y que ahí le digan exactamente qué le

pasa. Pero olvídense de sus cuentos, los doctores van a pensar que su mal es otro. ¿No querrá terminar en un sanatorio de salud mental, verdad?”

Todavía con pasos inseguros por la debilidad que sentía, subió a su departamento. En la puerta encontró un sobre amarillo, sellado, con su nombre y apellido en el lugar del destinatario. No lo abrió, lo dejó en la mesa de centro. La cabeza le dolía, el frío no cesaba y al cambiar de posición le sobrevinía la náusea. Buscó en su agenda el número telefónico de su doctor, cuya secretaria le programó una cita para dos horas más tarde. Se puso su abrigo y tomó el sobre que aún no había abierto. Para evitar el departamento de Lina tomó la escalera interior, aunque tuviera que dar un rodeo para incorporarse a la calle que lo sacaba de la colonia. Después de caminar unas cuadras tomó un taxi que lo acercó al consultorio y en un parque cercano buscó una banca. Vio el sobre, no tenía remitente; lo abrió y sacó las hojas amarillentas que venían dentro. Se trataba de unos mapas bastante antiguos, eran por lo menos de dos siglos atrás; su pericia de historiador supo leer ese dato en el estado del papel, la ortografía de las palabras y los trazos caligráficos. Se trataba de documentos elaborados domésticamente, sin mucho rigor y con pulso tembloroso. Reconoció las calles trazadas: Mar Egeo, Mar Arafura, Mar Mármara, Mar de Banda; eran las calles de su colonia. Pero había calles paralelas que habían existido en otra época y sobre las que seguramente se había extendido la construcción: Mar Muerto y una serie de Mares marcados con un

signo que probablemente era una letra en alguna lengua desaparecida. Estas calles eran paralelas a las actuales. En otra de las hojas podía verse cómo siguiendo por Mar Muerto se llegaba a una estación de trenes, cuya dirección debía ser su domicilio o una calle paralela. El recorrido que tenía que hacerse para poder acceder a esas calles ahora desaparecidas estaba marcado con una flecha roja, de reciente incorporación, según podía notarse por la iridiscencia del color.

Alberto se olvidó de su cita, paró otro taxi y le pidió que lo llevara al inicio de Mar Egeo, que según marcaba el mapa, era donde debía comenzarse el recorrido. El principio era muy sencillo, recorrer en línea recta toda la calle de norte a sur; luego, en un cruce, en lugar de continuar, el mapa indicaba que tenía que dar tres vueltas para tomar Mar Muerto. Aquello no tenía sentido, podía igualmente incorporarse al punto marcado siguiendo derecho; lo hizo así, pero el recorrido lo condujo a la prolongación de Mar Egeo. Desanduvo, resignado y obsecuente con el mapa, sus pasos; dio las tres vueltas a la glorieta y por fin encontró la entrada a Mar Muerto. El magnetismo del suelo hizo que sus ojos toparan con las vías del tren que se extendían por toda la calle. La densidad del ambiente polvoso no lo dejaba ver con claridad las construcciones; lo único cierto parecían ser las vías. Conforme avanzaba iba encontrando calles perpendiculares, las que en el mapa se marcaban con una letra desconocida. Después de tres cuadras divisó lo que creyó sería la estación del tren; una construcción

muy antigua que no alcanzaba a verse con claridad por la combinación de polvo y la luz lechosa.

Alberto reconoció la esquina de la parte trasera de su edificio. Entró en él por una puerta que daba al traspatio y que no conocía. Se encontró con el cuarto de Antonio y se le ocurrió contarle su hallazgo. Tocó insistentemente, pero no abrió ni contestó. Empujó la puerta y ésta cedió. El cuarto estaba vacío y en penumbra. En la mesa de noche había unos papeles que no llamaron mayormente su atención. Salió del cuarto y se dirigió al departamento de Lina. Ahí estaba ella, en la ventana. Tomó uno de los mapas y en el anverso de la hoja dibujó las vías, agregó un “las encontré” que, lo sabía, no sería escuchado. No obstante, Lina respondió con la comprensión total de lo que Alberto le comunicaba: “No se lo digas a nadie, creerán que estás loco. Te encerrarán”.

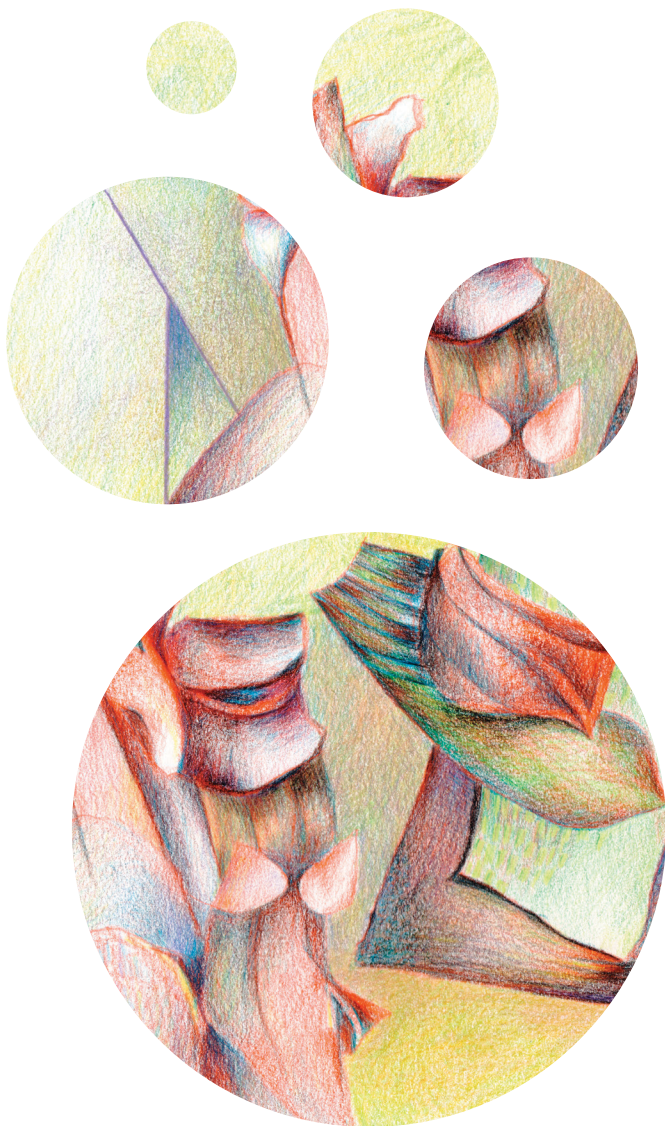
“Pero no estoy, tengo la prueba de que por aquí pasan trenes”, seguía pensando Alberto, ya en su departamento. La cabeza comenzó a dolerle, recordó que tenía una herida y que no había llegado a su cita. Tomó un par de calmantes y se durmió.

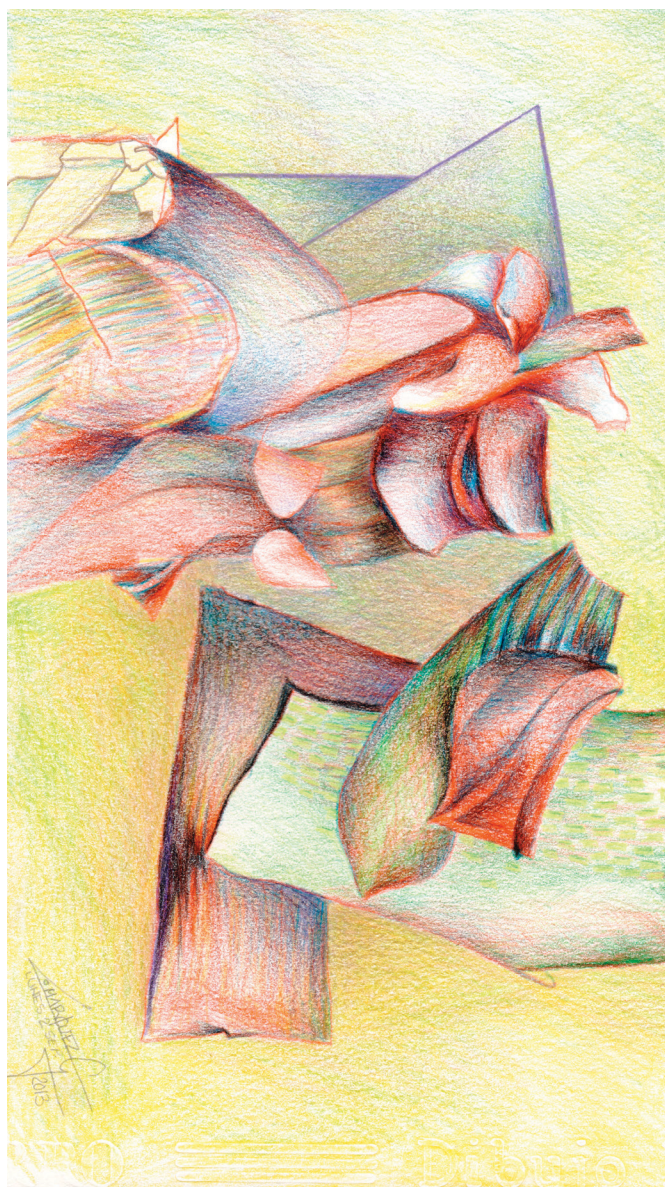
Se hizo la noche y se hizo el silencio. Y la rasgadura se volvió a producir. Y el estertor de la cama. Y el violento cimbrarse del departamento. Otra vez el silbato; muy fuerte, que no cesaba. Alberto volvió a sentir que el cuerpo se sobrecogía y que se encontraba en una situación precaria. El sonido de las cosas trastabillando unas con otras y el ensordecedor silbato iba en aumento. La náusea y el dolor de cabeza, la flaqueza de ánimo y el desaliento,

hicieron reunión en la persona de Alberto. Deseó con toda su voluntad que aquello terminara. Quiso recordar alguna oración de la niñez, pero ninguna lo asistió. Los dientes le castañeaban, los huesos le crujían en el interior del frío tan intenso. Se sintió desamparado y lloró con el desconsuelo de un niño que se sabe perdido. Empacó en una maleta unas cuantas cosas indispensables y salió del departamento dando tumbos en la escalera.

El estruendo no lo dejaba pensar. Salió a la calle ofuscado, no sabía a dónde iba. Intempestivamente recordó los papeles del cuarto del portero: mapas de recorridos insólitos; entonces, supo cuál era el destino al que se dirigía. Otra vez no había luz en el cielo, ningún cuerpo celeste rompía el oscuro cerrado de la noche, como sucedió en la anterior; se hubiese tomado, incluso, como una prolongación de aquella otra. La luz de los faroles y de las lámparas de la estación impactaba las cosas difuminando sus contornos, desdibujando perfiles, haciendo que se perdiera la definición de cada objeto. No lograba distinguir dónde estaba, la espesa capa de polvo que flotaba envolvía el paisaje. Todo tenía un aspecto cutre. Decenas de personas entre nubes polvorientas esperaban con su equipaje en el piso. Logró ver la imagen borrosa del tren que se acercaba. La difusa figura de una persona cruzó delante del tren, que silbó a rebato. La gente hacía muecas, gritaba, corría. Por fin la silueta se incorporó del otro lado de las vías. Por el tamaño debía ser un infante. El sonido iba en aumento, el fragor se volvió humanamente insoportable; luego, la sensación de algo que, después de

haberse hinchado, se rompe... y, finalmente, el silencio, silencio absoluto. Alberto sintió la huída del sonido en todas sus especies. Abordó el tren y se dejó ir. Siempre en silencio. ☁







A nado

Las doce horas no están exactamente medidas. Yo comencé a podar mis rosales en la tarde, pero la tarde se extendió en horas innúmeras. Terminé con los guantes poblados de espinas porque las tijeras tenían el filo mellado. Aquello quedó fatal. Todo el roserío segado hizo una espesa alfombra de hojas y pétalos amarillos. Había pensado hacer unos injertos de rosas amarillas con otras medio amarillentas, para depurar el amarillo del sol. Quería hacer de la luz un jardín de rosas y atraerme los ojos de mi madre, hacía muchos años separada de mí.

Entonces pasó Eduardo en su bicicleta con el canasto del pan en la cabeza. ¡Ay que alegría de trigo y azúcar! Se me erizó el gusto en el estómago. Pero luego me vi las manos, ¡qué tristeza de manos espinadas!, ¡qué tristeza

mayor de rosales trasquilados! Hoy no merecía las conchas. Me autocastigué comprándome cuernitos, que también me gustaban, pero que no me transportaban a ningún lugar. La cara pecosa de Eduardo se sorprendió cuando hice el pedido. Se me encogió el pecho al recibir los panes, pero ver su rostro, tan lleno de circulitos amarillos que parecían un huerto tocado por el sol, me devolvió la alegría. El muchacho no pudo quedarse a platicar de las vaquitas de mar que tanto le gustaban porque había sentido en el lomo dos gordas gotas de lluvia y todavía tenía que hacer muchos entregos. Vi alejarse calle abajo a su grito ahuecado avisando que ahí estaba nuestro pan calentito y fresco.

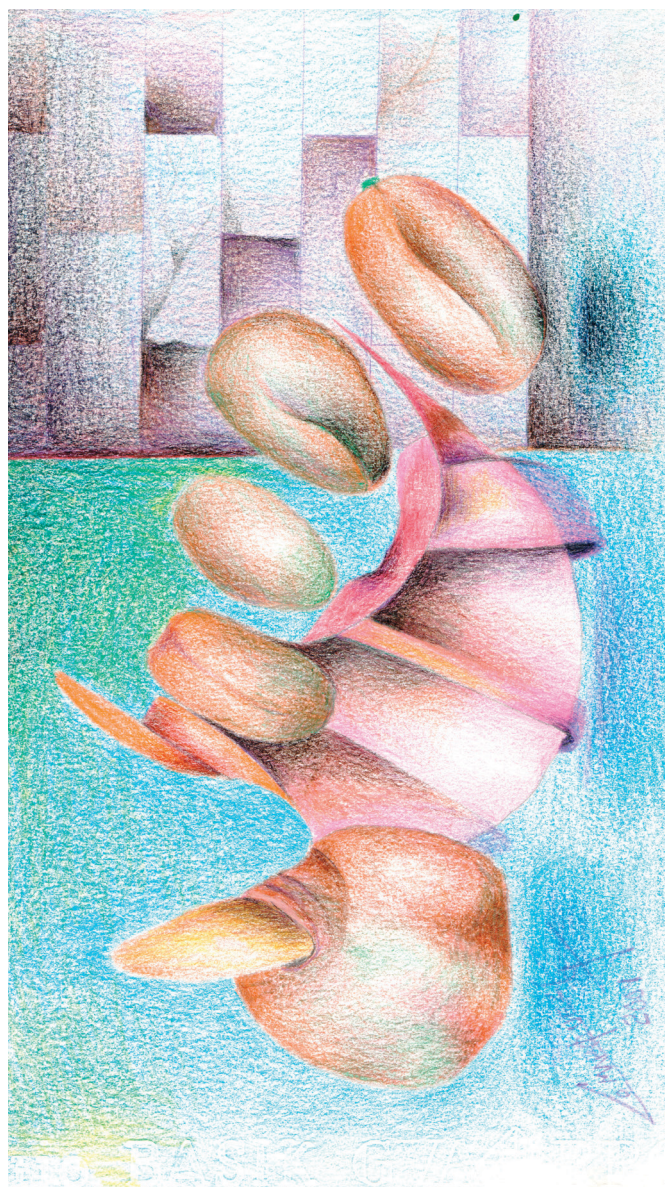
Tan luego crucé el jardín y llegué a la casa, se soltó el aguacero que lo inundó todo. Regresé al cancel y ya estaba montado el canal en el camino. Pasó un perro flotando a fuerza de menear con vigor sus patas traseras. El agua había subido dos metros, casi alcanzaba las lanzas de la verja. Pasaron mesitas de té, lámparas, coches y estufas. Lola, la mística, flotaba en su tapete turco, tratando de descifrar la formación de las cartas. Volteó y me dijo: “ven muchacha, resguárdate en la corriente, porque va a llover”. Luego, volvió la mirada otra vez a su baraja extendida, con gesto perplejo. Y pasó una chiquilla que navegaba en su tina de baño como un clíper, palmoteando y emitiendo ruiditos de cachorro salvaje. Y también pasó la gorda Luchana, desparramada en su diván Luis XIV, oronda, con los brazos al aire invitando a todos los que estaban en sus casas a sumarse a la Venecia que nos sobrevino.

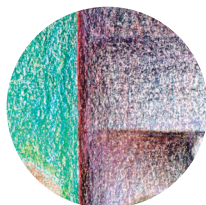
Recibí por aspersión aquella fiesta de plumas líquidas. Y vi desfilar macetas, televisores transmitiendo noticias del torrente, pantuflas y una licuadora haciendo todavía una salsa. Y pasó también Eduardo montado en su canasto de pan; parecía un pavo en su nido, un cisne como una corona del aluvión. Sus pecas eran más brillantes y sus ojillos lacrimosos me susurraban un “ven, Lara, sé una vaquita de mar”.

Y yo abrí la puerta de la reja, entró el agua completita y se sumaron mis rosas a la corriente. Y pasó Francisco, el carpintero, con rostro compungido, logrando un difícil equilibrio sobre una lámina de triplay que apenas era una puerta niña. Quise sumarme al desfile, pero era mucho el tráfico. Decidí hacerlo por inmersión y viajar a nado profundo. Ahí abajo había un prodigioso mundo que nos llegó con la corriente. Muchas veces antes me había preguntado si nadar era deslizarse hacia la nada. Pero nadar es, ahora lo sabía, ayudarlo a la corriente con los brazos a transportarte a donde, de cualquier manera, ibas a llegar. No sé durante cuántas horas estuve nadando, pero siempre fue un movimiento profundo y natural; no se pueden contar las horas porque éstas ya están contadas y nunca son las mismas para cada uno. No había sol para orientarme si seguía siendo la tarde, si había anochecido o si estaba a punto de volver a nacer el día; la luz subterránea era un chorro de argentina agua en el que todo se hacía transparente. Tampoco los ruidos del exterior servían de informe, pues llegaban, mezclados y difusos, como una radio que fluye buscando sintonía.

Tuve la impresión de haberme golpeado con algo duro la cabeza y haber hecho una pirueta, pero la verdad no estoy segura, porque navegando en lo profundo no se sienten los golpes ni asedian las necesidades. Escuché la voz de Eduardo que me llamaba a gritos; quizá ese sería el último sonido de afuera que iba a escuchar, el que iba a conservar conmigo en este viaje íntimo. Abrí los ojos y continué a nadar. Vi una gran clepsidra justo en el punto en que el camino se hacía angosto y la corriente en gajos se trenzaba. Justo ahí, los matorrales se habían transformado en un huerto de clicas plateadas. Tomé una y la tragué entera, sentí cómo inmediatamente comenzaba a latir en mi estómago, marcando un tiempo acompasado, un ritmo que no se contaba como se cuentan las horas. Después de eso ya no tuve que seguir nadando, me monté en una gran concha que me ofrecía su concavidad como si fuera una cuna. Me acurruqué en ella y me dejé llevar.

Pasando el estrecho el agua se abría, se extendía inconmensurable en un paisaje todo interior. El agua, antes cristal y plata, se convertía en un dulce mar blanco, lechoso. Entonces tuve los encuentros más insospechados. Los gemelos jugaban, en el mismo árbol y con la misma cuerda que la primavera pasada estuviera en su cuello, a columpiarse suspendidos en el agua. Mi mascota de cuando era pequeña saltaba de una planta a otra y mi madre, toda luz en los ojos, con una cacerola en la mano, me esperaba sonriente y con los brazos abiertos: “Por fin llegaste”, dijo. Encontré las tijeras de podar y pude, por fin, restituir cada rosa a su rosal. 







Como una paloma



los 17 años Serafina era la dueña más hermosa de la comarca. Todos los hombres, casaderos o casados, jóvenes o viejos, cuerdos o tontos, lo reconocían. Apenas verla provocaba una punzada, fina como una aguja, en medio del pecho, de anhelo irrenunciable si se era varón, de envidia infinita y cáustica si se era mujer. Sin tener una cualidad específica que llamara la atención, la delicadeza de su figura, la perfección de sus facciones y la gracilidad de sus maneras se conjuntaban en armónica convivencia, a tal punto que la modestia de su condición, lejos de demeritarle atractivo, era una virtud más a sumar en tan compuesta amalgama.

Un día de verano, Serafina cruzó la plaza del pueblo y algo sucedió en el aire, en los árboles con sus flores y sus pájaros; una especie de silencio rítmico marcado por la inspiración unánime de lo que comenzaba a ser el suspiro de todo lo viviente y el pasmo de lo inanimado. Las ondas blancas de la organza de su vestido se hincharon y la envolvían como si fuera una nube caída. De pronto, cosas y humanos estaban allí sólo para permitir que Serafina fuera lo que ya era.

Tres galanes se deslizaron hasta la presencia de la muchacha. Un poeta, joven y de moldura romántica, le ofreció una flor. Un próximo heredero único de la fortuna paterna extendió un puño cerrado y dejó que el brillo de un diamante deslumbrara a Serafina, cuando los dedos se estiraron en un ofrecimiento fastuoso. Un muchacho, no desprovisto de encanto pero con demasiada harina en su pantalón, extendió el nido que hacían sus dos manos sosteniendo un bolillo todavía tibio, como una paloma dormida.

La bella miró el diamante de Argento y dijo “demasiado llamativo; si hago que le pongan una cadena y lo llevo al cuello, ya nadie mirará mi cara”. Y de frente a Segismundo dejó que en su rostro se dibujara la sonrisa de la aceptación mientras tomaba la flor. El pan de Hilario ni siquiera mereció un vistazo.

Con el pecho encogido y la mano crispando el despreciado bolillo, Hilario preparó el conjuro y la expiación del desaire amoroso. Amasó otro pan blanco con una piedra en el centro. Ese nuevo bollo sería el símbolo de

sí mismo. Su corazón petrificado reposaría, sin latir, en el centro de la feculosa hogaza. Luego de hornearlo, lo acunó con la autocompasión del condenado a muerte, subió a la bodega y lo dejó en el fondo del refrigerador, al lado de los almíbares y saborizantes, esperando que el tiempo enfriara su pasión.

Dicen que en las noches de los días subsiguientes se escuchaba en el balcón de Serafina la acicalada voz y el bien templado laúd de Segismundo. Dicen, también, que la hermosa joven inspiró por lo menos un centenar de romancillos, canciones y endechas con pitipié o pie quebrado. Pero el plectro es caprichoso como mujer bonita y un buen día Segismundo se quedó sin melodía, sin pareados y sin el almizcle del encanto poético. Así que se fue tras nueva musa, que reviviera la fuente de donde brotan versadas frases. Las lenguas afiladas y las malas intenciones dijeron que el poeta cambió a balcón más adosado de casa con mucho y admirable lujo; pero lo cierto era —y eso estaba Segismundo dispuesto a explicárselo a todo el que quisiera oírlo— que necesitaba algo que le inspirara versos cultos: sonetos, décimas reales o, en todo caso, liras, un hálito de mayores vuelos.

La pobre Serafina, de buenas a primeras, se quedó sin cantata nocturna, sin melifluo romance y sin galán de porte desmayado. Además de bella y pobre era tan limpia y cándida, que no se le ocurrió otra cosa que dejarse consolar en los brazos de Argento. Este no tan joven caballero, ahora sí heredero único, la aceptó sin resentimientos y, hombre práctico y atento en sus negocios, mandó montar

el brillante aquél en un anillo de compromiso. El lozano matrimonio se fue a vivir a repujado palacete en una población vecina.

Hilario, mientras tanto, tomó la costumbre de subir todas las tardes, acabada la faena, a la bodega, a mirar desde la ventana la plaza que fuera el escenario de su desilusión. Luego sacaba el bolillo, lo contemplaba, perplejo, y lo volvía a hundir en la primera parrilla del refrigerador. Pasó el tiempo y en la sucesión de meses, años, lustros, logró atemperar la rabia de la ofensa y la desesperación del anhelo no cumplido. A veces llegaban noticias de Serafina: que era riquísima, que estaba muy cambiada, que se le notaba la bonanza. Otras veces sonó el murmullo de los males del acaudalado matrimonio. Nadie quiso imaginarse —tampoco Hilario— cómo sería la nueva Serafina; ninguna imagen podría superar la reproducida en la memoria.

Una de tantas tardes en que Hilario cumplía con su ritual de autocomplaciente amargura, vio que dos mujeres cruzaban la plaza. No tuvo que hacer demasiado esfuerzo para reconocer en el fungible rostro a la en otra hora bella Serafina. Había cambiado, cierto; su piel estaba ajada y sus antes delicadas formas se perdían en una figura gruesa, aunque sin llegar a ser gorda, su pelo era opaco y se arrebujaba en un alto copete, la sencillez de su vestido se había trasmutado en ornada vestimenta, el paso de su aleve pie de antes ahora se abotargaba con tantas cosas como llevaba encima. ¿Cómo explicar la diferencia entre esta y la otra dama, que eran y no la misma? ¿Con qué comparar la transformación en este relato de tan bien

halladas comparaciones? Quizás habría que decir que la distancia entre una flamante yegua y un caballo percherón era la misma entre una y otra Serafinas. Hilario no se vanaglorió del triunfo que le daba la vida; por el contrario, consideró para sí mismo: “nadie es tan malo que se alegre de las desgracias ajenas”. Muy acostumbrado ya a los ejercicios de compunción, aplicó en la causa de su tristeza el efecto en el que antes tenía el monopolio absoluto. La piedad hacia Serafina revivió los latidos de su corazón. Bajó corriendo, tomó un bolillo manso y se dirigió a la dama en un ofrecimiento todavía sincero. Serafina pasó de largo sin tomar en cuenta a Hilario y, como continuando con una charla iniciada hace mucho rato, le decía a su doncella: “pues sí, yo solía inspirar a los mejores poetas de este lugar”.

Hilario regresó a la panadería, menos dolido que la ocasión anterior, pero mayormente irritado. No habían avanzado ni medio metro, cuando Serafina oyó un rasgarse del viento, alzó la cara y, sin alcanzar a proferir queja, palabra o maldición, vio una paloma con las alas contraídas volando en picada, haciendo aterrizaje en medio de su frente. Eso fue todo. 





De margarita no

Para Alejandro Olguín Olague

Salí del metro sobresaltado, no tuve tiempo de contemplar a la chica del espectacular, a quien siempre le hacía un guiño por otorgarme la gracia de mostrarse en ropa interior. Ya iba con retraso, entonces, inicié la carrera a la facultad. A media clase, cuando el doctor explicaba cómo la conciencia se convertía en autoconciencia empecé a sentir aquello. No estaba entendiendo nada, así que me fui corriendo a casa de Lucina; pero antes pasé a la papelería a comprar el material para hacer el disfraz de flor para el festival

de primavera a Marinita, mi hermana. En la banqueta me encontré al indigente de la colonia y le di las monedas que tintineaban en la bolsa derecha del pantalón.

En tres zancadas llegué a casa de Lucina. Me recibió recién bañada, pero sólo pude obtener las mieles de su boca, no las otras porque andaba en sus días y ahí sí es inflexible. Me ayudó a cortar el pellón, a acomodar los cojincillos y a montar todo aquello en el alambre de la margarita primaveral.

Salí de casa de mi amada y volvió aquello; por lo mismo, me dirigí nuevamente a la facultad; con prisa y suerte todavía escucharía el final de la clase. Empecé el paso de gacela, alcancé a llegar. Ahora ya había dos autoconciencias: una que era el amo y la otra, la mema. Cuando el doctor emergió de su abstracción hegeliana, sin quitarme los ojos de encima y permitiendo que viera cómo su lunar en medio de las cejas palpitaba compulsivo, me dijo tronando:

—Esto es el colmo, ¡de margarita, no!

Fingí involución y a rastras me dirigí a la puerta como una romántica flor desmayada. La sensación esa aumentó y su impulso me precipitaba por los pasillos y jardines de la facultad, primero, y por callejones y avenidas, después.

Llegué al metro, compré un boleto con dos monedas de la bolsa izquierda del pantalón. Apenas cruzar el torniquete, me interceptó un policía, dijo:

—No puede usar el servicio con tantas cosas como trae encima.

Aunque iba menguando aquello, todavía me encontraba muy atribulado, y como el vigilante tenía razón, le dejé la

mochila, autoabrazándome para proteger la flor que hice para mi hermanita. Aceptó y pude usar el metro. El andén estaba muy oscuro, pero aún así llegó el tren a tiempo. Estoy seguro de haber abordado el de la línea y la dirección correcta; no obstante, apenas arrancó fui desconociendo el rumbo. De entrada, estaba tardando demasiado de una estación a otra. Muy probablemente había transcurrido más de media hora —no pude corroborarlo porque no llevaba reloj— y aún no veía el siguiente andén. Decidí no poner atención a fin de combatir eso. Dio resultado pensar en el pañuelo verde de Lucina, porque empecé a relajarme y me dormí. Así pasó mucho pero mucho tiempo, infinito. Paró el tren y, desbocado, me precipité a la calle, donde aún seguía en sedas la chica del espectacular. Sentí el vivo influjo de aquello, que me comenzaba. Entendí que ya nunca pararía: estaba condenado a volar por calles, pasillos, salones, jardines y cuartos. A qué esperar, entonces, si ya lo sabía. Con toda la celeridad de que eran capaces mis pies y piernas, me arranqué para la facultad. Cuando abrí la puerta del salón me encontré con una Marina, madura y sofisticada, explicando cómo la autoconciencia evoluciona a conciencia y luego a percepción sensible. Me vio, fue a mi encuentro y dijo con una sonrisa:

—Te acordaste.

Me acarició los pétalos de las mejillas y, en silencio y sin permitirme el paso, cerró la puerta. Me dirigí con presteza a casa de Lucina. En la calle me encontré con el indigente, que me esperaba para darme unas monedas, que me metí en la bolsa izquierda del pantalón.

Cuando llegué a la casa de mi amada, la puerta estaba entreabierta y vi a un niño vestido de nelumbo tratando de hacer girar un trompo. No lo lograba y se veía irritado a todas luces. Mi pie chocó con un vaso de cristal que estaba en el piso y estalló en añicos. El ruido crispó al chiquillo que, con voz quebrada y un lunar saltándole en medio de las cejas, me espetó un “qué quieres”. Después de enterarlo de que buscaba a Lucina me contestó:

—Como andaba en sus días, se fue al metro a buscar a un tipo que se cree margarita.

—¿Hace mucho? —pregunté.

—Sí, veinte años —contestó sin quitar la vista de su trompo que empezaba a dar vueltas.

Me pregunté si aún sentía aquello y descubrí que no.





El silencio de Miguel

El profesor de la Facultad de Humanidades Clásicas, doctor Miguel Flores Sánchez, era un solterón con dos obras de narrativa —ambas

producto de juventud, luego no volvió a ocuparse de la creación literaria—, veinte años de antigüedad en la materia de Ontología y todo el trabajo académico que la labor docente supone: conferencias, charlas y artículos publicados en revistas especializadas. Nunca nadie se había quejado de él, no tenía actas levantadas; pero tampoco lo rondaba un grupo de discípulos admiradores, muy usual en los maestros de prestigio. Entonces sobrevino aquello.

Sucedió un día cualquiera. Durante el tránsito por el pasillo que lo conducía a su salón no saludó a nadie, pero

esa era su costumbre; así que a nadie le extrañó. Caminaba con paso abatido y con la vista fija en el piso; eso era lo común en él. Llegó a su clase y no pudo emitir palabra, tampoco hizo señas, ni anotó nada en el pizarrón. Dejó sus cosas en el escritorio. Observó, sin mucha atención, al grupo de estudiantes que ocupaban las veinticinco bancas cada martes, lanzó un suspiro, tomó sus cosas y se retiró del aula.

El jueves siguiente, que le tocaba impartir clases en otro grupo, no se presentó. Tampoco lo hizo los siguientes días, los restantes al ciclo escolar. Ni los del nuevo semestre. Ni ningún día del medio año que sobrevivió a aquello. El colegio de Filosofía se ocupó del asunto; en primer lugar porque la secretaria académica era su conocida —no puede decirse que fuera su amiga, él no cultivaba amistades; acaso un trato constante con algunos alumnos que lo buscaban para que los asesorara en su tesis—, llamó a su departamento, pero nadie le contestó. Después, un administrativo se encargó de ir a visitarlo a su domicilio, pues perder a un maestro a medio semestre resultaba un problema práctico. Logró verlo, pero no pudo hablar con él. “Sus ojos no tienen expresión, uno le formula cualquier pregunta y responde con esa mirada vacía de los animales asustados”, dijo. La Facultad contrató a un suplente para que terminara el curso. En cuanto al profesor, por oficios del sindicato se le tramitó un retiro remunerado; pues para la jubilación, aún le faltaban algunos años.

La noticia se difundió, primero, como rumor entre los que fueran sus alumnos y algunos maestros; luego, como hecho confirmado en la carrera de Filosofía; por último, todas las carreras y en todos sus sectores no hacían sino hablar de que un profesor había perdido el habla; el asunto comenzó a denominarse “el silencio de Miguel”. Comenzó a especularse sobre el origen de tan inusitado fenómeno. Se decía que había sufrido la pérdida de un familiar, aunque nadie nunca conoció realmente si tenía o no familia, salvo que era soltero, según decían las hojas de datos de la planta docente. También se rumoró que había tenido una enfermedad que le había paralizado el aparato fonador; pero esta hipótesis decayó porque hubiera podido comunicarse por escrito y no lo hizo, además de que se trataba de una “versión positivista” que no tenía nada que ver con las humanidades. Finalmente, hubo quien aventuró que probablemente había tenido algún problema psicológico. Ésta fue la explicación que más satisfizo a todos.

Tras dos meses en que la difusión del caso fue creciendo, vino el lógico decrecimiento, con las políticas que se desataron por esas fechas dado el cambio de administración. Ya sólo algunos profesores lo recordaban y lo transmitían a alumnos aislados o, a veces, algún despistado preguntaba “¿qué se sabe de Miguel?”, pero la respuesta era la misma, “parece que todo igual”. Se avecinaban las vacaciones de verano cuando un profesor de Geografía llegó con la noticia de que el doctor Miguel Flores había fallecido.

Junto con las condolencias de la Facultad para el colegio de Filosofía, llegó un nuevo ímpetu de “el silencio de Miguel”. Pero ahora tomó un giro: ya no se trataba de apostar a las razones por las que intempestivamente había dejado de expresarse; la nueva edición de la noticia se orientaba a interpretar el silencio. Un profesor dio una conferencia sobre la posible orientación witgenstteniana de no hablar; otro, en un artículo, lo refutó: el doctor Miguel Flores no trabajaba en sus cursos al filósofo vienés, más bien se trataba de una asunción ética radical de la hipótesis de Agustín de Hipona, aquélla que dice que el maestro realmente no puede enseñar nada, que lo que sabe el alumno lo sabe por la gracia divina, que lo único que puede hacer es ayudarlo a recordar o, bien, instarlo a que investigue. Una maestra sostuvo, en acalorado debate con otros profesores de ontología, que lo que le había sucedido al doctor Flores fue que quiso apartarse de las habladurías para sacarle la vuelta a la inautenticidad y procurar una existencia propia. Ésas fueron las primeras líneas rectrices de la exégesis.

En una clase de Filosofía clásica un alumno avanzado trajo a colación “el silencio de Miguel”, a propósito de que Platón había dejado de escribir teatro tan pronto entró en contacto con la filosofía. Y seguía: el silencio en Miguel Flores Sánchez, había comenzado antes, cuando dejó de narrar. El profesor tomó nota y dio una charla sobre el tema; los hechos coincidían: el libro de cuentos y la novelita de Miguel eran anteriores a su consolidación en el terreno de la filosofía; el perfil del doctor que había

labrado la escolástica y su aprecio por los grandes filósofos cristianos, alimentado por su formación jesuítica, bebía de fuente helénica. No era aventurado decir, entonces, que había seguido el ejemplo platónico. La argumentación era muy forzada: disminuía la distancia entre Platón y Aristóteles, y metía en el mismo saco a Agustín y a Tomás de Aquino. Pero, al parecer, aunque no fue tomada en serio entre los filósofos, los profesores del departamento de Letras Hispánicas sintieron la necesidad de revisar su obra creativa.

Estructuralistas, semióticos, teóricos del discurso, pragmatistas y gramáticos del texto se dieron a la tarea de estudiar los cuentos y la novela. Un par de decenas de tesis en los siguientes dos años se centraron en esas obras que, en su momento, no habían sido atendidas por los críticos o los estudiosos de la literatura. Uno de los puntos nodales se ocupaba de caracterizar el lugar en el que se situaban las narraciones, que siempre era el mismo, Ambatía. Ninguno osó decir que se trataba de un lugar imaginado. Unos lo ubicaban en el norte del país; otros, en el sur; algunos más, en la zona Vasca. Un estudio filológico decía que Ambatía era una deformación de la Vetusta de Alas Clarín; pero los trucos usados (metátesis, aféresis, traducción y neologismo) resultaron tan entreverados, que no hubo inteligencia humana que pudiera entender tal rebuscamiento. La piedra de toque fue puesta por un historiador que aseguró que, aunque el nombre era una invención del doctor Flores, el pueblo al que se refería correspondía a una comunidad del norte de Sonora: los

datos históricos, con cambios sencillos, eran paralelos a ese lugar. Casi todos coincidían en que la reserva de su estilo era un indicador de la doctrina —no la llamaban filosofía, para no dejarse confundir con los primeros estudio sobre el tema— que tenía en su centro al silencio; pero en su difícil posibilidad podían encontrarse los sustitutos decoro y morigeración. Paso cansino, vista distraída y atuendo en gris fueron las manifestaciones externas que atrajo el “silencioso miguelismo”, nombre que sustituyó al otro en un intento de profundizar en la oquedad del mutismo.

El tercer aniversario luctuoso se celebró junto con la inauguración de la sala Miguel Flores Sánchez. El evento se inició no con uno, sino con quince minutos de silencio en recuerdo del invaluable miembro de la Facultad. Después se anunció que ya se había completado una colección de estudios sobre el autor, con dos publicaciones iniciales: la última conferencia del silencioso doctor sobre Maimónides acompañada de un comentario (hebraizante por demás) y una de las últimas tesis de Letras. Pero se tenían previstos veinticinco libros más.

Aprovechando el súbito interés por el tema, se fundó el “Seminario sobre el silencio”, proyecto para dos años, que consideraba a profesores de todas las áreas de la Facultad y que comenzaría con el desciframiento de cualquier huella que llevara la interpretación de las obras, la docencia y los últimos días de Miguel Flores. Por sugerencia de un galardonado profesor con fama de ex hippie, dieron el primer paso en dirección de la filosofía hindú. Pero el

camino fue tan arduo, que muchos permanecieron toda su estancia de seminaristas analizando los Upanishads, mientras que otros, se retiraron del seminario, para llevar una vida apartada, al estilo de los zen.

El tiempo, la vida dura, la furia de las nuevas filosofías, lo lejano del acontecimiento o, simplemente, el desgaste hicieron que al cabo del primer lustro “el silencio de Miguel” fuera debilitándose. El tiro de gracia lo dio una conferencia que terminaba diciendo que el mejor homenaje al doctor Flores Sánchez era el silencio. Todos lo agradecieron porque ya estaban agotados de hablar de lo indecible.

Ocho años después del suceso, cuando el asunto dormía el sueño de los justos, una alumna de letras que no se distinguía por nada en especial, se volvió a ocupar del tema. Su tesis de licenciatura revisaba la novela de Miguel. Para comenzar, eso lo decía en la introducción, no se ocuparía del silencio, el estudio de este tópico requería una formación distinta de la suya. No penetró en la toponimia ni buscó las referencias culturales que podían extraerse del texto. El suyo era un estudio estilístico, aclaraba desde las primeras líneas. En las conclusiones, con tono medio afirmaba que “las historias del autor no penetran arcanos, ni esconden poética histórica alguna: se trata de anécdotas que, seguramente, en su tiempo tuvieron alguna gracia, pero que al paso del tiempo lucían desaboridas”. En una nota al pie, la alumna hacía notar que frecuentemente el narrador hacía un uso muy singular de las preposiciones. En el tercer capítulo se encontraba la

siguiente frase: “Su estilo no tiene algún tinte particular; se limita a ir narrando con el léxico de un hablante medio; tampoco se cuida de las repeticiones”. Adelante se aseguraba que la sintaxis era ortodoxa, de frases medianas y con mínimas incongruencias. Las palabras finales del trabajo eran: “Pero la labor de los estudios literarios no es decir si una obra es o no es literaria. Eso se asemejaría a la tarea de Robespierre, quien asesinó a gran número de nobles para constatar si efectivamente tenían la sangre azul. El trabajo de quien estudia literatura es describir la obra, sin quitarle ni agregarle, o bien, dado el caso, aclararla. Pero éste no es el caso.” 



Voces helenas

Para Ysabel Gracida

N **Circe**

o precisó de filtros
para convertirme en
un cerdo: en realidad
no era bruja, sino una magnífica cocinera.

Consideración Penlopea

También estoy casada y tengo un hijo más que adolescente. Por eso entendió perfectamente mi marido cuando, mientras revisaba el triplano de ciudades antiguas, lo interrumpí para decirle:

—No, ¿eh? No mezcles tiempo con ingenio, que mi paciencia es pobre y no sé tejer.

Calipso

Es muy fácil estupidizar a los hombres, ellos ponen mucho de su parte. Basta con hablarles de la soledad y el abandono en que una vive y en creer sus cuentos de guerras, naufragios y enemistades divinas. Funciona también mover un poco las caderas, trenzarse el cabello con molicie frente a ellos y dejar que la flama de la lujuria asome a los ojos. Pero, sobre todo, resulta exultante a su orgullo confesarles la impotencia de los otros: eso los cura de toda mala conciencia. Podrían permanecer, agradecidos, hasta siete años en tu lecho.

Atenea

Los hombres no tienen astucias, tienen mañas. Los ardides que te dieron fama, Odiseo querido, no eran producto de tu ingenio sino de mi sotérica amistad. Si saliste librado de las troyanas peleas fue porque te protegí con mis promáquicas armas, y si no percaste en el anchuroso mar fue porque mi estereocópica mirada redujo todos los lugares a uno sólo para marcarte el rumbo. Dejé que te envanecieras un momento con el cuento de tu heroicidad, al fin un día tendrías que morir.

Nausícaa

Dicen que ha llegado un hombre al puerto. Dicen que es hermoso, pero yo no me lo creo. Eso no es posible.

No me interesa como hombre en absoluto, no es mi tipo. Sin embargo, llevaré mis mantos para lavarlos en la playa y encontrarme con él. Sólo quiero descubrir qué mano femenina logró el prodigio de convertir a un mezquino náufrago en un apetecible insulso.

Las otras Nausícaas

En cada camión virginal lavado en el mar cabriolea el sueño de una muchacha con un viajero que trae la boca plena de palabras aventureras. Su mirada tendrá el color de los amantes dispuestos a perderse en los brazos ninfeos a cambio de un poco de ayuda. Pero la muchacha no sabe que en el abrazo dorado de aquel peregrino que tantas veces abandonó su cuerpo en las femeninas aguas se pone en contacto con el averno.

Nostos

Me he hecho atar al mástil. No ha habido necesidad de preparar algodón encerado: viaje sin tripulación. Conozco el camino, alguna vez transité por esta agua; pero las grutas de la memoria son sinuosas e impenetrables y no me permiten aclarar el recuerdo. Quizás voy de regreso a Tiaques. Ir a la Hélade, dicen, siempre es retornar. En cualquier momento comenzará la enloquecedora melodía que me agita con frenética virulencia. Podría desatarme; aquella vez también pude hacerlo —fue una de mis sutilezas— pero no lo hice porque me complacía ser tentado, para eso estaba hecha mi estatura.

Sucumbí a Calipso porque en sus bellas trenzas tejía el nido de mis apetitos. Es mentira lo que se dijo luego, que me había retenido siete años contra mi voluntad. Los amantes no tienen voluntad, están posesos por la hambrienta jauría del deseo. La historia no es sino un vinoso cauce en el que las acciones se deforman. Por ejemplo, si escapé de la terrible mordedura de la nereida de las seis cabezas no fue obra de la osadía, sino del cálculo traidor que me aconsejó que dispusiera las cosas para que mientras la Escila engullía a mis compañeros yo pudiera escabullirme, silencioso, por las márgenes de la gruta. Dejé que los hechos se cantaran en tono heroico porque los espíritus vulgares necesitan la pobre certeza de que todo esfuerzo será recompensado, y porque, si iba a recuperar el reino, necesitaba investirme con el dignísimo manto del sufrimiento.

En cuanto a Circe..., ¿qué puedo decir de su embrujadora belleza? Es falso que yo usara herméticas hierbas para ofuscarla, esa versión ofende mis habilidades de cumplido seductor; pero ella tampoco necesitó filtros conmigo; fue el acuerdo implícito que se estableció cuando cada uno se sintió herido por la llama de los ojos del otro. Si hubo magia no fue otra que la del impetuoso instinto. Fui yo quien la disuadió de convertir a mis compañeros en cerdos: el arrebato de nuestro ardor requería no tener testigos. Está de sobra declarar los artificios con los que convencí a Nausicaa. Conozco de memoria las consejas que, en hexámetros, va diciendo un ciego sobre mi persona. No son propiamente falacias sino inexactitudes. No tiene

importancia; aunque las apariencias cambien, la historia es siempre la misma: las cosas se repiten con circular precisión. ¿Para qué entrar en detalles y complicaciones engorrosas?

Liberaré al mástil de las cuerdas y a mi ánimo de la esperanza de una nota embriagadora; en este lago por el que voy pasando ni siquiera hay pájaros. No me costó trabajo desatarme, no necesité navaja ni cuchillo; tampoco es que los traiga conmigo, el único botín que cargo es un denario y un ramillete de oro que Penlopea puso en la nave cuando me dijo adiós. Después tomó del brazo a mi contrincante y se fue al palacio a dejarse consolar. Seguiré navegando por este río en el que todo fluye. No traigo conmigo licores ni siquiera bajeles; la sed me mantiene despierto de debilidad; la sucia necesidad que siempre pone alertas a los mortales. La dulzura de las calmas aguas me refresca, pero me adormece. Voy perdiendo todo anhelo, no necesito estar atento. Es inútil evitar comer flores venenosas; lo más letal, de cualquier manera, lo llevo tatuado en mi condición humana.

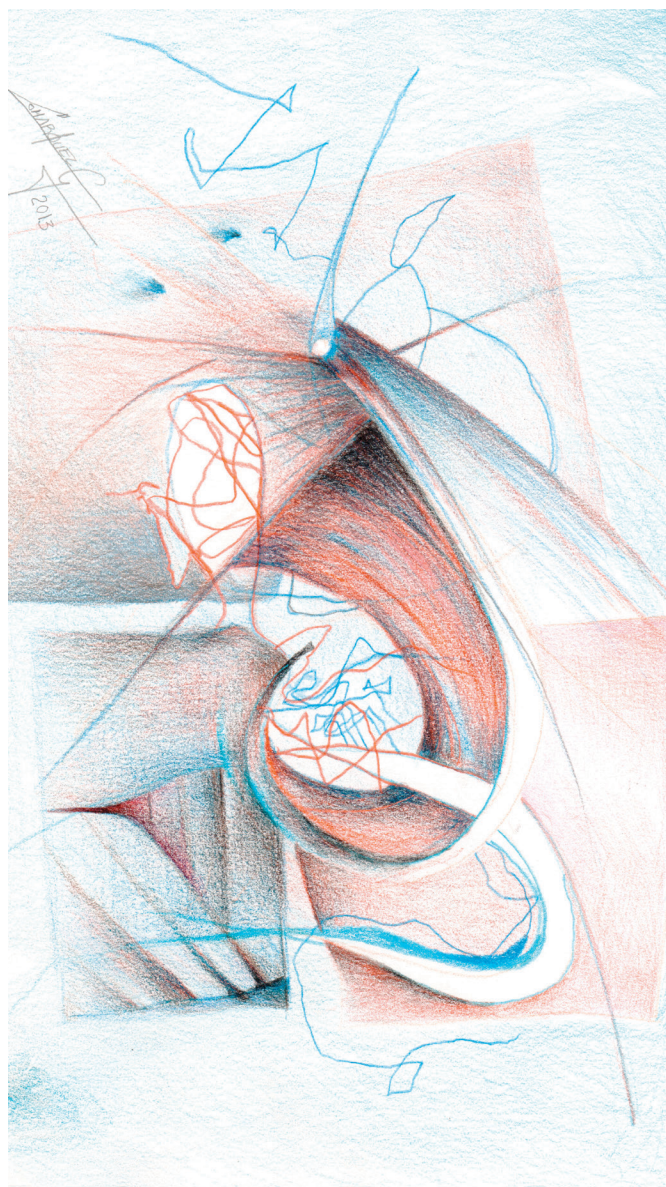
En otros tiempos tuve el empeño de mensurar el mar, pero ahora ya no queda nada de aquel orgullo, toda astucia es vana. Me dejo ir en el reflujo de la inmarcesible corriente. Todo me es ajeno: la guerra y sus mortificaciones, las mujeres y la pasión que despiertan, el afán por el poder y su deliciosa podredumbre. Qué ironía que sea justamente yo quien haya vestido esta interminable mortaja. La epopeya termina, no donde el hombre cree haber pavimentado su racional camino, sino ahí donde los

tristísimos humanos se reconocen perdidos en el amorfo espacio de potencias encontradas. La remembranza de sólo dos hechos me anuda a la terrenal vida; en cuanto los enuncie seré redimido de mi vital inclinación.

Este dolor en medio del pecho me hace caer en cuenta por qué estoy aquí. Hace un par de días llegó un mozo a saquear la playa. Su determinación y sus múltiples argucias me trajeron la imagen de mis años juveniles. Reuní a algunos hombres para defender la isla. Telégono, así se llamaba, peleó como el astuto hombre que comenzaba a ser. “Vine a Ítaca porque me dijeron que aquí encontraría a mi padre”, me informó, mientras me atravesaba con su filial lanza; el encuentro de las miradas hizo que, en el desdoblamiento, nos reconociéramos. Telégono, como su madre, tiene el prodigio de transmutar seres. Lo he conocido sólo para olvidarlo luego. Ahora todos —Ausón, Telémaco, Penlopea y los otros— me son tan desconocidos como ese joven de Eea. En tanto que lo he contado, ya puedo despojarme del ulterior recuerdo, la última batalla, la única perdida.

Alcanzo a vislumbrar el pórtico de la morada de Agelísao. Viene el viejo Caronte al encuentro de mi barca. No me queda ningún ardid. No será el ladrido amistoso el que me dé la bienvenida; serán las fauces apretadas y los múltiples ojos que me retendrán por un momento centuplicándome en diminutas imágenes aisladas. La órbita del mar puede quedar delimitada con nuestra navegación, pero no las aguas del Leteo, que nos conducen a la muerte. Justo ahora veo con cabalidad: las vanas aspiraciones de

la existencia y los trabajos que nos causan, y ese dejarse fluir, al fin. Se dijo de las helenas tierras, pero es falso; es el viaje a este lugar el que, en todos los casos, es un retorno: me lo dijo el tiempo en su marcha esférica. Sólo me queda esto que una vez supe, pero que había hundi- do en el pozo de la conciencia para que no enturbiara el risueño espejismo de la vida. Los seres sin normas sólo pueden ser engañados con la verdad, así burlé al posidónida “fiero sin ley”, así enmascaré el único saber seguro que tenía —el insensato fui yo no el cíclope— y que ahora, antes de que me devore el total olvido, se me revela: Nadie yo soy. 





Castígame si quieres

No mami, eso que
dices es mentira
 y decir mentiras
es malo. Castí-
game si quieres,

pero no digas que yo no quiero a Anita, porque yo la quiero y la quiero y la quiero. Yo quiero a Anita, es a la que más quiero de la casa y del mundo y de la luna y del sol. Anita es la que más me gusta y la que más me hace reír y es la que más me quiere y la que no dice nunca mentiras y la que no dice casi nada porque no sabe hablar. Eres tú la que dice mentiras, yo no digo mentiras. Dices a la abuela que yo me enojo cuando tú cargas a Anita. Eso es mentira. Y les dices a tus amigas que yo sólo quiero que me abracen a mí. Y eso es mentira. También les dices que yo

no quiero que beses a Anita. Es mentira, mentira podrida. Yo lo que quiero es siempre estar abrazando y besando a Anita. Pregúntale a Luci. Luci no dice mentiras. Ella dice que Anita es un bombón. Y eso no es mentira. Luci dice que Anita es un pan. Y eso no es mentira. Luci dice que Anita es un rollito de manteca. Y eso no es mentira. Luci dice que es como una cuajada. Y eso no es mentira. Luci es buena y no grita y no regaña y abraza y besa a Anita; y me abraza y me besa. Luci juega con Anita y conmigo y no dice mentiras. Es que tú trabajas mucho y no sabes qué pasa. Pero Luci sí sabe que yo quiero mucho a Anita. Yo sólo quería saber a qué sabía Anita. Y yo abracé a Anita y vi su bracito tan gordito y tan tierno como un bombón y como un rollito de manteca. Yo le di un besito en la mejilla y Anita dijo su primera palabrita. Pregúntale si quieres cuando vayas al hospital. Me dijo muy quedito: “Muérdeme”. Y yo le hice caso. 



Las buenas intenciones

Para Martha Helena Bojórquez

Se me ocurrió un día que fui a un puesto de comida rápida y, al consultar mi cartera para recibir una orientación gastronómica, me di cuenta

de que las monedas no alcanzaban ni para un refresco. No obstante siempre conservaba conmigo un billete de doscientos pesos que nunca gastaba, porque lo consideraba de mala suerte; “es el billete que me salvará de la calle o de la cárcel o de la muerte”, pensaba. Era una mala racha: no lograba vender ni una enciclopedia, ¿a quién le interesan ahora las enciclopedias si tienen a su disposición un inmenso mundo virtual? Me fui al parque que estaba frente al puesto y, hambrienta y desolada, surgió, como por un prodigio, la solución. Todo fue obra de un recuerdo:

un día que platicaba con mi tía Lucha, nos contó a mi madre y a mí que le habían robado el monedero en el camión; cuando mi madre le dijo que cómo había sido posible aquello, que si no se había dado cuenta —mi madre sabía que la tía siempre lo llevaba en el seno—, ella había puesto una expresión pícara y con todo y sus sesenta y cuatro años había replicado: “bueno, sí lo sentí, pero creí que era con buenas intenciones”.

La idea me provocaba un poco de escozor: qué tal que me salía mal o que me descubrían. Unas semanas más de malpasarme y la buena oportunidad, marcaron la ruta. La primera vez fue en una combi que iba a Chapultepec; eran las 9 de la noche, había pocos pasajeros y apenas si lográbamos vernos los rasgos generales del rostro por la luz penumbrosa. Del lado de la ventana iba sentado un hombre que, por lo que alcanzaba a vislumbrar, bien podría ser un burócrata cincuentón y mediocre. Yo llevaba una falda que me llegaba a la rodilla, pero cuando me sentaba se subía unos centímetros y, en lugar de alisarla para que volviera a su sitio, adopté una postura erguida para que alcanzara su máximo o, mejor, su mínimo ajuste y dejara al descubierto mis piernas. Discretamente saqué el único billete que traía en la cartera que, como en una especie de retención vudú, había conservado aún en los días de más necesidad. Habíamos avanzado apenas un par de semáforos cuando, entre la opacidad, sentí la mano de mi vecino tanteándome la pierna. Me levanté indignada, gritoneé y cuando el chofer y los pasajeros se acercaron a preguntarme qué había pasado, les dije la verdad: el hom-

bre me había robado el dinero que llevaba en la cartera. Mi voz quebrada por el miedo había sido correctamente interpretada por mis múltiples defensores como acceso de ira. El hombre no dijo nada, estaba avergonzado y no tuvo más remedio que aceptar. El chofer me preguntó cuánto me había quitado y yo me desconcerté; en eso no había pensado, así que dije una cantidad al tanteo, “un billete de cien pesos”, pero cuando lo revisaron no traía sino uno de cincuenta pesos y unas cuantas monedas. De todas formas el chofer lo despojó y me dio el dinero. Bajé de la combi y revisé el botín: los doscientos pesos originales y setenta y dos más.

Esa operación se repitió en distintas rutas, en diferentes situaciones y en todos los horarios. Primero era una medida de urgencia, lo hacía sólo cuando lo único que llevaba era el ingastable billete de la suerte. Luego, se hizo más frecuente, hasta que me decidí abandonar mi cicatero empleo de vendedora de enciclopedias y tomar este nuevo como mi free-lance; después de todo era un trabajo como cualquiera que, además de sacarme de las dietas involuntarias, me permitía vivir con las cuentas al corriente. Afortunadamente nuestra ciudad es extensa y poblada, condiciones que la vuelven óptima para mi autodiseñada labor. Poco a poco me convertí en especialista: fui conociendo las circunstancias más propicias, los mejores clientes, el uniforme apropiado y, por supuesto, el soporte histriónico se refinó. Sabía, por ejemplo, que los que cargaban mayores cantidades de dinero eran los obreros en día de quincena. Con sólo

un vistazo —ahora había aprendido la mirada del búho, sin necesidad de girar la cara— podía inferir por la sola imagen de mis acompañantes de qué denominación eran los billetes que traían. La ropa que mejor convencía era la más formal —una falda larga con una abertura enfrente, no demasiado pronunciada, pero lo suficiente como para que al sentarme aparecieran mis atributos (mis piernas son lo mejor de mi cuerpo) y una blusa discreta pero con escote, o bien con el primer ojal aflojado para que se desabotonara con cualquier movimiento. La circunstancia perfecta era a mediodía, sentada atrás de alguna señora de exhibida rectitud y, de preferencia, con un niño. Ellas solían ser mis mejores aliadas y me defendían con tal fiereza que no había lugar a suspicacias. Una vez, tras el momento climático del grito y la bofetada, no pudieron encontrarle al susodicho el billete, así que una de estas mujeres se levantó e hizo una colecta y logró juntar la cantidad que dije que había perdido. Al principio buscaba un lugar en el que pudiera verme en el espejo frontal; así, también veía la reacción de los pasajeros que iban atrás de mí. Sabía cuándo tenía que fruncir el seño, cuando tenía que buscar y rebuscar en la cartera vacía, si era preciso hacer pucheros o, incluso, en qué instante llorar para ser más convincente. Meses después, ya sin necesidad de mirar por el espejo, sabía cuáles eran las reacciones que había provocado mi acusación a gritos; era como un sentido del ambiente que iba adquiriendo.

Pasaron unos años y no sé si porque la situación económica del país empeoraba cada vez más, si había aumen-

tado la comunidad gay o si la oferta erótica había crecido; el caso es que tuve que hacer los ajustes necesarios para la época de inestabilidad: me compré ropa un poco más coqueta (minifaldas, blusas con escotes levemente pronunciados, zapatos de diseños más atrevidos y bisutería llamativa). También había cambiado el tinte —aún antes de comenzar con el negocio me pintaba el cabello del color original para cubrir las canas— por otro más juvenil y había dado a mi maquillaje un toque oriental. Una tarde que regresaba a casa, cansada de transitar distintas rutas y ya sin intención de trabajar, me subí a una combi casi vacía y me relajé. Comencé a ver el paisaje, distraída, y, en una sacudida de la combi, en medio del amodorramiento me percaté de que tenía acompañante en el asiento de al lado. No me fijé en el tipo, no pensaba trabajar horas extras. Había mucho tráfico, la combi avanzaba lentamente y comencé a dormir. Me sacó del sueño un roce, una especie de aleteo en mis piernas. Cuando desperté del todo vi que mi acompañante no estaba a mi lado, pero había dejado en mi falda un billete de cien pesos. Sumamente sorprendida lo busqué por el espejo de enfrente, pero lo único que pude ver fueron mis ojos rodeados de arrugas y mi boca custodiada por largas y profundas marcas de expresión, que se veían con nitidez porque el maquillaje había comenzado a escurrirse. 





Dalila

Para Arturo Souto Alabarce

La llamé Dalila porque la primera vez que la vi fue en el baño, cuando estaba recortándome el cabello y las puntas del bigote. Ella estaba encaramada en la tapa y yo no me había percatado de su presencia. Sentí un vientecillo helado y al voltear hacia la ventana del fondo, me fulminaron dos haces de luz verde que tenían su origen en los grandes y oscuros ojos de ella. Nos espantamos. La pobrecilla comenzó a castañear los dientes; me tranquilicé pensando que no podía ser peligrosa y decidí darle posada por esa noche. Con la borra de un par de cojines y un cartón le improvisé una cama modesta, pero calentita.

Al amanecer ya me había olvidado de mi huésped,

pero la puerta cerrada de mi cuarto, afortunadamente, me recordó que tenía visita y corrí a ponerme la bata antes de abrir. Mis planes para esa mañana eran los mismos desde hacía treinta y un años; es decir, desayunar, meter la ropa a la lavadora, hacer un poco de orden en el departamento y arreglarme para salir. Salvo que ese día, tenía que despedir a mi invitada; sin escenas, sin dolor y sin deudas. Mas, cuando fui a la sala, en lugar del lecho me encontré con la borra esparcida por el piso y con las pequeñas y blanquecinas huellas de sus pezuñas en la duela. En la cocina la situación era lamentable: la puerta del refrigerador estaba abierta, había vidrios de un vaso roto en el suelo y en la mesilla del desayunador una caja de leche vertía las últimas gotas de su contenido, formando un charco y, nadando, un par de sus escamas tornasoladas. Me enfurecí por tal desorden; era un abuso, apenas me había mostrado un poco hospitalario y ése era el pago recibido. La aclamé a media voz, pues no quería que mis vecinos se enteraran de que había alguien conmigo. Después, me puse a llamarla como se hace con los pollos, luego, como a los gatos; iba a comenzar con los silbidos para atraer a los perros, pero caí en cuenta de que estaba comportándome de manera absurda, además de que ya no estaba allí.

Tuve que tranquilizarme; si quería arreglar un poco y llegar a tiempo a la oficina, tenía que darme prisa. Me salté el desayuno y, contra mi costumbre porque me parece inconveniente comer fuera de casa, me llevé una manzana para no malpasarme. Logré hacer ambas cosas:

poner orden y estar puntual en el trabajo. Conforme avanzó el día y con tal cantidad de expedientes que el licenciado me pidió que revisara, fui considerando que el asunto había quedado atrás. Después de todo, sólo había sido cosa de una noche.

En la tarde, de regreso al departamento y mientras preparaba la comida, oí unas garras arañando la puerta de la zotehuela. Allí estaba ella. Se me reavivó la cólera, tenía deseos de gritarle cuatro verdades, aunque los vecinos le fueran con el cuento al dueño. Se escurrió por el piso y los rayos verdes de sus ojos negros imploraron algo. Su forma de arrastrarse tenía un pendular raro, como doliente; la revisé, traía tres heridas en su largo lomo. No soy una máquina: sentí pena; le lavé los rasguños, le serví un vaso de leche tibia y, cuando noté que se encontraba mejor, le preparé su cama, ahora con una cobija que, por la temporada, no estaba usando.

Así fue el primer día, pero a ése le siguieron los demás. Se estableció entre nosotros un acuerdo implícito. Paulatinamente fuimos construyendo una cotidianidad extraña pero estable. Dalila llegaría en la tarde y yo la hospedaría hasta la mañana siguiente. Dejaría un par de vasos de leche y ella, al terminar, los pondría en el fregadero. No sería tan tortuoso, meditaba, era cosa de rediseñar el ritmo de los días. Aunque, claro, este sólo hecho ya implicaba un esfuerzo enorme de mi parte; mi endémica soltería me había enseñado a no depender ni tener responsabilidades con nadie. A este primer acuerdo se le sumó, desde la primera semana de convivencia, la costumbre conyugal

de ver juntos el noticiero que la televisión transmitía en la noche; yo, bebiendo una copita de rompopo; ella, lengüeteando en su tazón alguna golosina. A veces, cuando pasaban los comerciales, le dirigía alguna frase amistosa: “¿Qué te parece, Dalila, te gustaría ir a ese lugar?”, “¿se te antoja esa bebida?”, “¿crees que me sentaría bien esa loción?” Ella contestaba graduando la intensidad en la luminiscencia verde. Así me hizo saber, por ejemplo, que le apetecería probar las galletas anunciadas.

Un día que estaba de un humor inmejorable le llevé pastelitos y se los dejé junto a los dos vasos de leche sin decirle nada para que se sorprendiera. A las hembras les gustan los detalles. Esa noche, mientras dormía, me dejé arrullar con su suave tonadilla ronroneada desde la sala, como señal de agradecimiento. Luego, me hizo saber que le gustaría probar el jamón y accedí. Más tarde pidió frutas cristalizadas, arroz inflado, todo tipo de frituras y, su preferido, confite de almendra. Ella, a su vez, iba alternando las nanas: viento suave, balbuceo infantil, silbo solitario en el desierto, cascabeles con dejes de sensualidad árabe.

Pero en una ocasión tuve mucho trabajo y, por la premura de llegar a casa, me olvidé del regalito. Aparentemente no sucedió nada, salvo que no hubo cántico nocturno. A la mañana siguiente, cuando fui a tomar la corbata propia del día, traje y ocasión me percaté, irritado en extremo, de que mis corbatas estaban totalmente desorganizadas: al lado de la verde oscuro una amarilla, a una demasiado usada le seguía otra de las más finas que reservaba para momentos especiales. El caos me hizo sentir el peso de

la sorpresa convertida en costumbre. Comprendí que habíamos ido demasiado lejos. Las hembras son insaciables en los halagos y en los regalos que uno les propina. Decidí, entonces, hacerle entender que un regalo es sólo eso, algo con lo que no se cuenta pero que siempre viene bien. Ella, por supuesto, no lo había entendido así. Ahora tenía que deshabituarla. Comencé a llevarle golosinas sólo cada tercer día; mi plan era ir espaciándolas cada vez más, hasta que recuperaran su verdadero valor. Pero ni se resignó ni lo aceptó. De los días que no dejé algo para acompañar la leche me resultaron migajas en la cama, calcetines perdidos, revistas recortadas y cortinas con rasgaduras. El colmo fue la madrugada que me levanté y me encontré totalmente a oscuras, con los focos del departamento rotos, ni siquiera la lámpara de techo quedó indemne. Tenía que irse, debía armarme de valor para no dejarme conmovir. Ya no quería más a Dalila en mi casa, sabía que era capaz de todo.

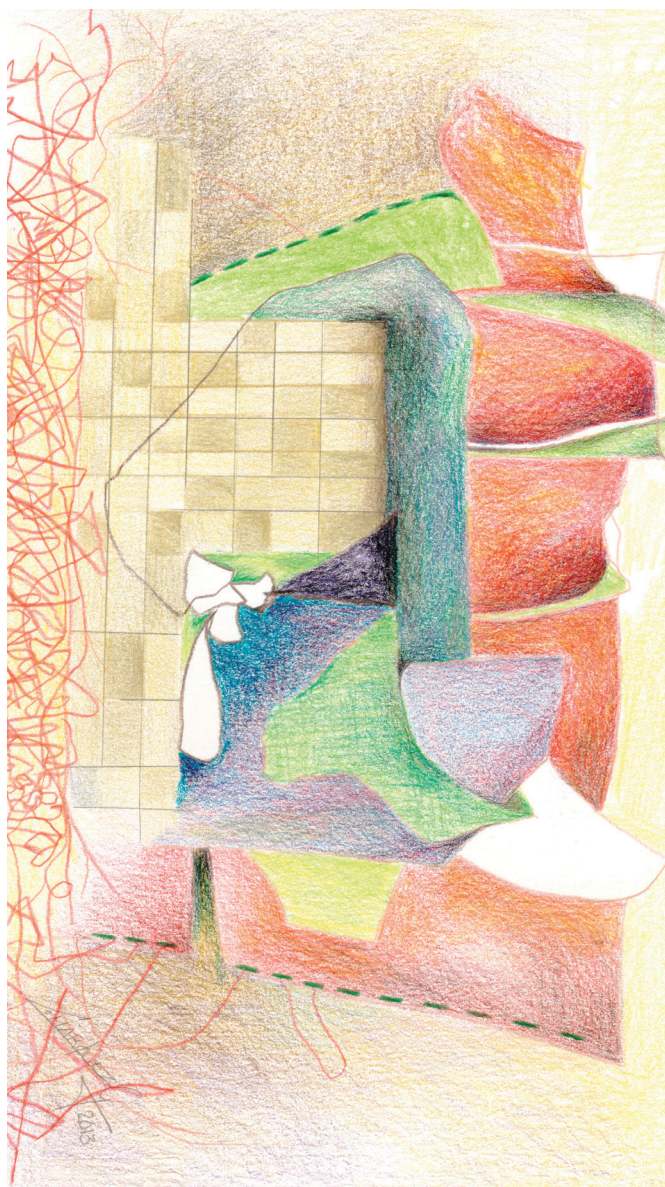
Pero sucedió que, justo cuando estaba lleno de determinación y coraje, enfermé. Tenía una bronquitis que debía cuidarse para evitar la neumonía, dijo el doctor. Así que había que guardar reposo total y andar abrigado. Dalila se olvidó de la ofensa y permaneció a mi lado, fiel y protectora. Por las noches me cobijaba, si estaba mal tapado. Me llevaba té o café, me preparaba caldos y sopas. Incluso cuando, después de cuatro días regresé al trabajo, nadie se sorprendió por mi ausencia porque “avisaron de su casa que estaba indispuesto”, me dijo la secretaria.

No obstante, cuando las cosas volvieron a su nueva normalidad pude percatarme de que aquello sólo había sido una tregua. Dalila se mostraba más demandante que nunca. Si no le regalaba algún postre, las consecuencias era cada vez peores. Su gusto fue refinándose; el jamón de uso no le gustaba, quería del serrano; se dio el lujo de despreciarme unas galletitas untadas con paté de cerdo, la esquisfítica lo quería de ganso. Pedía frutas exóticas, escamoles, bacalao noruego y chocolates suizos. También sus travesuras fueron cambiando el tono: dejando de lado que llegó a trastocar totalmente departamento, robaba cosas a los vecinos, abría las alcantarillas y —sorprendente, inusitado y enteramente irritable— pintó la pared que separaba a la unidad de otros departamentos con un mural abstracto y obsceno. Ya estaba desesperado, no sabía como hacerle entender que eso no era correcto ni decente ni siquiera legal. No era solamente cuestión de poder —podía, como en realidad había sucedido, convertirme en su siervo si ella lo deseaba— era un asunto de economía; ya me había gastado la tercera parte del ahorro para el retiro, y, a ese paso, terminaría sin un quinto y pidiendo prestado a los conocidos, para complacerla. Pero qué se le va a hacer, así son las hembras; no entienden de razones de los otros, sino de sus necesidades, reales o imaginarias.

Tras una noche que le dejé caviar con un poco de leche de Malta, escuché la más hermosa y conmovedora melodía que hubiera escuchado en mi vida. No pude seguir durmiendo. Nadie nunca en ningún momento había llegado a crear tanta belleza para mí. Lo malo fue que al

siguiente día se me hizo tarde porque me quedé en la oficina celebrando al licenciado, a quien habían ascendido a un puesto de mucha responsabilidad administrativa. No le llevé nada. Esa mañana no descubrí el poder que tiene el resentimiento femenino, sino hasta que volví otra vez a mi domicilio. Las operaciones de rescate todavía seguían. Según me contaron, a mediodía algún vecino había dejado abiertas las llaves del gas, luego una chispa convirtió, primero, en un estruendo digno del juicio final y, luego, en cenizas, al conjunto de departamentos. Al instante comprendí de qué se trataba. “Es ella, es ella”, comencé a gritar.

Alguien me brindó auxilio al ver mi confusión, me llevaron a no sé donde, me rehabilitaron con infusiones. Cuando le conté al juez lo sucedido, me miró con unos pequeños ojos en los que cabía una ternura infinita y me dijo: “Cálmese, buen hombre, tantos años de soledad le han hecho mal. Finalmente usted no es culpable de nada. Estos hombres de blanco podrán entenderlo mejor que yo. Cuénteles cómo fue que entró Dalila en su vida y cómo llegó a donde llegó”. No pude argüir nada, dos rayos de luz verde me anunciaban que todo había acabado. 





Nido de la luna

Lucina y yo lo hemos descubierto. El nido de la luna está en el árbol de la orilla de la represa. Pero no es el sauce. El sauce es el enamorado de

arroyo, sus hojas se inclinan para besar el agua. El árbol que digo es un Pirul que hace con sus hojas una bonita cuna en la que algunas noches va la luna a descansar. Lucina y yo la hemos visto. El agua de la represa es tranquila, sólo se mueve lento, muy lento, para arrullar a la luna. La luna no se rompe en su nido. La luna se rompe en el arroyo, porque las piedras no dejan que la luna se vea entera. Pero la de la represa es una luna completa. Y es idéntica a la luna del cielo. Lucina se parece a mí, somos igualitas, madre dice que somos las niñas de sus ojos, pero yo digo

que Lucina es la luna del cielo y yo soy la luna del agua. Nos gusta ir a visitar la represa en las noches y esperamos hasta que la luna llega a su nido. Si volteamos al cielo no lo vemos, pero si quedamos pendientes en el agua, vemos cómo la luna ocupa su lugar, centelleante. Si un pajarillo se para en la rama, entonces queda en el centro de la imagen. Nadie lo sabe, sólo nosotras.

Cuando todos se han dormido, Lucina, que nunca duerme, me despierta y vamos a ver la luna. Salimos con cuidado para no hacer ruido. Como no podemos quitar la tranca del portón tenemos que brincar la cerca. Yo soy la más ágil, por eso subo primero; luego, desde arriba le doy la mano a Lucina y ella escala piedra por piedra. Sólo en esta temporada la luna ocupa su nido. Si hace frío no salimos, por eso la luna no viene. Pero si hace lluvia, se esconde la luna. Lucina y yo la hemos vigilado y sabemos que sólo en esta temporada la luna viene, después del día san José, cuando se hace la fiesta de las varas. En el arroyo Lucina y yo nos parecemos a una persona y su espejo, nuestros camiones son iguales. Lucina siempre dice: “Dina, tú y yo somos como las lunas”. Y yo le digo: “No, Lucina. Porque la luna es una sola y la del agua es sólo su retrato. El retrato sólo aparece cuando la luna viene a buscarlo. En cambio tú y yo somos dos, y si nos vemos en el agua, ya somos cuatro”. Entonces ella dice: “Yo soy para ti y tú para mí”. Y yo le contesto: “Sí, eso sí”, y continuamos caminando tranquilas, tomadas de la mano.

Nos gusta salir a ver el nido de la luna, es lo que más nos gusta. Nos gusta más que ir a ofrecer flores en la

iglesia. Nos gusta más que visitar a la tía Francisca que nos prepara maría gorda. Nos gusta más que cazar mariposas. Nos gusta más que bañar a Matías. Tomamos el camino arroyo arriba y vamos descubriendo en el agua las cosas que hay afuera. Si hay algo afuera, entonces hay un retrato en el agua. “Mira, unas maravillas”, dice ella viendo el agua. Y yo: “Allí”, señalo con el dedo, “hagámonos aretes”. Luego yo: “Mira, una estrella que parpadea”. Y ella con el dedo en el cielo: “¿Esa?”. “No, esa no, esa”, le digo. Si hemos caminado mucho y ya no se ve la casa, empezamos a cantar. Madre canta para que se duerma Matías. La voz de madre es limpia y refrescante, como el agua que sale de la piedra alta. Si Lucina y yo cantamos, sentimos que nos brota agua. Padre no canta, padre silba y, entonces, es como el arroyo.

Cuando Lucina y yo llegamos a la compuerta, jugamos hasta que la luna venga a su nido. Bailamos y cantamos y movemos el agua. Tomadas de las manos hacemos la ronda de “La amapola y el gorrión”. Nos sentimos encantadas. También jugamos a inundarnos la boca de hojas de menta y cuando las hemos tragado todas, tomamos agua. Es como si algo se deshiciera en la boca, como un viento alegre en la boca, como si nos inundara el canto de madre. Lucina y yo siempre queremos refrescarnos. Hace mucho calor y llueve poco. Si hace frío no podemos salir, pero si hace calor salimos. Salimos todas las noches hasta que llega la primera lluvia, la del día de san Juan, cuando madre nos corta el cabello para que crezca hermoso.

Lucina ha tenido una idea: ir a visitar a la luna. Seguro que ahí no hace tanto calor. Yo no estoy tan convencida. Pero Lucina insiste. “Sí, Dina, será como el pajarillo que se para en la rama y que en el agua está justo en el nido de la luna. Si sube un poquito más, ya entró al nido de la luna, no al del agua, sino al verdadero, al que está en el cielo”. Entonces lo planeamos. Tenemos que buscar las cosas y seguir el plan sin que nos descubran. Mañana lo haremos.

Ya es mañana. Lucina y yo llevamos las cosas. La cuerda y el banco. Algo me tiembla dentro del cuerpo. Ahora pienso que no es buena idea. Qué tal que la luna se enoja. Vamos por el arroyo pero no cantamos. Lucina va muy contenta, yo voy extraña. Llegamos. Esperamos que la luna venga a su nido. Lucina dice que comamos menta. Yo no quiero. Lucina dice que bailemos. Yo no quiero. Lucina quiere que cantemos y movamos el agua, que hagamos la ronda. Pero yo no, no quiero. Por fin vino la luna. Lucina me dice que trepe al árbol con la cuerda, porque ella se resbala mucho y no es ágil y no sabe trepar árboles. Ella va con el banco y se mete al agua. Lucina se cae porque el camisón le pesa un poco. Queda toda mojada. Por fin planta el banco en medio del agua, debajo de la rama del nido de la luna. Yo subo. Primero me resbalo porque el pirul es muy leñoso. Me sujeto muy fuerte del tronco y empujo. Me arden las piernas pero me aguanto y sigo. Lo hago una vez y otra y otra, hasta que llego a donde están las ramas. Estoy en la rama del nido de la luna. Lucina me arroja la cuerda. Es una cuerda chica, es el pial de los becerros. Pero la cuerda alcanza a dar la vuelta a la

rama. Hacemos el columpio; el nudo lo hago yo porque Lucina no sabe. “Yo subiré primero”, dice Lucina. “No, lo haré yo, para luego ayudarte, como en la cerca”, le digo. “No lo haré yo, Dina, fue idea mía, no es como trepar la cerca, es sólo ir hasta el nido de la luna”, dice Lucina. No espera a que termine de bajar del árbol, se para sobre las puntas de los pies, alza las manos y alcanza el columpio. Empieza a subir pero se le resbalan las manos. Le grito que me espere, pero ella no me hace caso. Vuelve a intentar. Sube un poco y se resbala. El banco se cae al agua. Algo sucedió porque se ha quedado quieta. Le digo que me espere y bajo rápido del árbol. Pongo el banco de pie y trato ayudarla. Pero ella ya no se mueve. Le hablo, le digo que se baje. Pero ella ya no dice nada. Tiene el columpio en el cuello. Yo quiero bajarla pero no puedo. Creo que Lucina es como la luna que se rompe con las piedras del arroyo.

...

Padre se ha enojado mucho. Ha mandado que corten el pirul. Madre ya no le canta a Matías. Sólo llora. Yo le digo que no esté triste, que Lucina está en la luna. Pero ella tampoco me escucha. Ahora Lucina es como la luna que está con las estrellas y yo soy como la luna que está en el agua.

Anoche vino Lucina a visitarme. Cuando cerré los ojos para dormir, me llamó quedo, muy quedo; dijo: “Dina, Dina, soy yo”. Vi su cara; era pálida como el día que la luna vino

por ella. Dice que la luna está muy fresca y que me está esperando. “Pero ya no hay nido, padre lo ha cortado”, le digo. Y ella me dice que busque otro nido en otro árbol. Ella es para mí y yo para ella. Lucina está muy feliz y no puede contener la risa, le digo que se calle porque la van a escuchar. No sé por qué me desperté llorando y con el corazón a saltos. No he dicho nada porque no quiero despertar a madre. Ahora ella y Matías duermen conmigo. Entonces yo canto, como cuando íbamos por el arroyo. Canto pero no me siento refrescada. Canto, pero bajito.

...

Ayer encontré otro nido de la luna, pero parece más bien una cuna; como la de Matías que ahora está en mi cuarto. La cuna de la luna está dentro del pozo. Anoche le dije a Lucina que iré a verla. Ella está muy feliz y otra vez no puede contener la risa. Me dice que yo soy muy ágil, que podré trepar por el brocal y luego dar el salto. Me dice que seremos como dos lunas y que vendremos a arrullarnos en los pozos y en los árboles. Y que habrá dos retratos y que seremos cuatro. Y yo le digo que sí. 

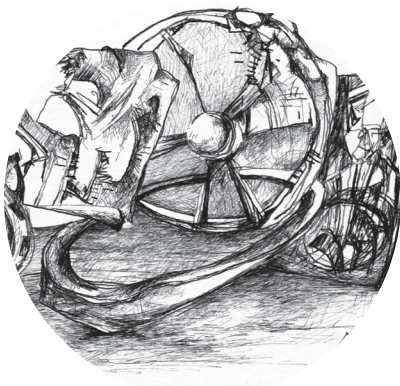


Filosofando

Estamos Pedro y yo sentados en medio del jardín. Las luminiscencias violetas indican que el ocaso está próximo. Es una tarde de un dorado

octubre. A Pedro le gusta la teoría del lenguaje y a mí me gusta él. Extiende su mano señalando la higuera que tenemos enfrente y yo no dudo de la frase que acompañará su gesto. También he estudiado a Wittgenstein. “Eso es...”, comienza él, pero el viento silba tan fuerte que no lo deja terminar. Las hojas de la higuera se nos estampan en el cuerpo. Cojo una que tiene un letrerito, dice: “Esas personas creen que están filosofando, pero en realidad están locas”. 

Este
libro fue
ilustrado
con el
trabajo de
Carlos M.
Márquez.
y de Ma-
ría Elena
Ortega
Ramírez.





Carlos M. Márquez

Nació en México, DF, estudió Arquitectura en la UNAM y Artes plásticas en el INBA, cursó la maestría en Artes Plásticas y Visuales en la Academia de San Carlos. Ha realizado exposiciones individuales y colectivas en diferentes espacios culturales en México y en el extranjero.

Ganó medalla en la Tercera Trienal de Miezyrnarowe, “En contra de la guerra”, en Lublin, Polonia. Obtuvo el primer lugar en el Concurso Nacional Interpretación Moderna del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha; la beca de producción en el Programa de apoyo a la docencia, investigación y difusión de las artes que otorga el CONACULTA; mención honorífica en la Séptima Bienal Nacional “Diego Rivera”, además de mención honorífica en la categoría de dibujo en el concurso “Imágenes de vida”, Derechos humanos de las personas que viven con VIH sida. Todos estos reconocimientos los obtuvo en México, DF.

Actualmente imparte clases en el Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Naucalpan. 





Índice

7	Trenes
21	A nado
27	Como una paloma
33	De margarita no
37	El silencio de Miguel
45	Voces Helenas
53	Castígame si quieres
55	Las buenas intenciones
61	Dalila
69	Nido de la luna
74	Filosofando
79	Carlos M. Márquez



Lucina *nunca*
se *duerme*

terminó de
imprimir la mañana
del 27 de mayo de
2015 en los talleres de
CCH Naucalpan, la
edición consta de
150

ejem-
plares
numera-
dos, para su
composición
se utilizaron las
tipografías Gill
Sans, Gill Sans
MT Pro, Gill
Sans Shadow y
Dalliance.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinación de Planeación

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Sánchez

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Biol. Rosa María García Estrada

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario Técnico del Siladin

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic Rebeca Rosado Rostro

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jefa del Depto de Comunicación

Lic. María Eugenia Ortiz Luna

Jefa del Depto. de Impresiones